VOCACIÓN DOCENTE: DON Y RESPONSABILIDAD

Gracias de corazón a todos por vuestra numerosa presencia, y a vosotros tres especialmente por ese testimonio que nos habéis dado. Voy a hacer algunas reflexiones sobre la vocación docente, don y responsabilidad. Y hemos comenzado por ver un vídeo del Papa que nos hablaba de que sin identidad no hay educación. Creo que hay dos palabras, identidad y vocación, que van íntimamente unidas; la cuestión del sentido y la cuestión vocacional caminan unidas porque el ser humano no se comprende plenamente mirándose solo a sí mismo.

Las dos grandes preguntas que hay en el corazón del hombre, ¿sabéis cuáles son? Una es ¿quién soy?, y la otra, ¿para quién soy? Son las dos grandes preguntas y están íntimamente entrelazadas. La primera busca la identidad y la segunda descubre la misión. En realidad una acaba iluminando a la otra. Cuando una persona intenta responder únicamente a la primera, corre el riesgo de no responder nunca a la segunda. Se encierra en la auto-referencialidad, que siempre es incompleta; pero cuando da un paso más y se pregunta ¿para quién soy?, comprende que su vida es un proyecto, una dirección, una fecundidad. No hemos sido creados solo para existir, sino para amar y para ser un don.

Tuvimos aquí, no hace mucho, un encuentro sobre infertilidad, en el que había un testimonio de matrimonios que no pueden tener hijos. Y no olvidaré que una doctora, que ella también tenía la cruz de la infertilidad, dijo que a ella le cambió completamente el chip cuando descubrió que una cosa es ser infértil y otra cosa es ser infecundo. Entonces dijo: "Un momento, yo seré infértil, pero Dios me llama a la fecundidad". Y le cambió completamente el chip. Nosotros estamos llamados a esa fecundidad.

La vocación cristiana nace precisamente ahí, en el descubrimiento de que la identidad más profunda del hombre es responder a una llamada y que Cristo no solo revela quién es Dios, sino que revela al hombre el designio de que colaboremos con él en la transformación del mundo. Por eso la crisis contemporánea de sentido va unida a la crisis vocacional. Cuando desaparece la pregunta del para quién, la vida se vuelve fragmentaria, utilitaria, vacía. En cambio, quien descubre que ha sido pensado, amado, llamado por Dios, empieza a comprender simultáneamente quién es y para quién vive. Por lo tanto, creo que esto es lo principal, que descubramos la clave vocacional.

La clave vocacional se aplica a todos los casos, absolutamente; pero yo creo que especialmente hay tres profesiones en las que la clave vocacional es especialmente visible. Una es la vida religiosa, la vida sacerdotal. Otra es la vocación sanitaria y la vocación docente. Todos los trabajos están llamados a que nosotros descubramos en ellos el designio vocacional de Dios, pero especialmente los que hemos tenido el don y el regalo de los tres panes: el pan de trigo, el pan de la cultura y el pan de la Eucaristía, son los tres panes que el hombre necesita. Y yo creo que la vocación sanitaria pertenece a ese pan que es el cuidado del cuerpo, la vocación docente al pan de la cultura y la vida religiosa al pan de la Eucaristía.

Me atrevería a decir que la vocación religiosa y la vocación docente tienen algo en común, aparte de que en ellas el sentido vocacional lo descubrimos especialmente. Tienen en común la vocación religiosa y la docente que están llamadas a ayudar, a dar luz al proyecto vocacional de los demás. Quizás la sanitaria no tanto, no es tanto ese

su cometido, pero la docente y la religiosa sí, estamos llamados a dar a luz el proyecto vocacional que Dios tiene para cada uno de nosotros.

Don Luis Arguello, en la clausura del Congreso Nacional Vocacional, dijo que la calidad de la escuela católica se puede medir por la capacidad de ayudar al alumno a descubrir el proyecto vocacional de su vida. Y también se puede decir esto de la escuela pública, exactamente igual. Alguien dijo que educar no es llenar un cubo, sino encender un fuego. Encender un fuego. Y ese fuego es la pasión por descubrir el proyecto de Dios en nuestra vida.

Por eso la docencia es al mismo tiempo un don recibido y una responsabilidad asumida. Las dos cosas. Y brevemente quiero desarrollar las dos cosas.

En primer lugar, **la docencia como don**. Hay un punto de partida que es una llamada. Los hispanoamericanos suelen decir un llamado. O sea, no solo esto es una elección laboral, es una llamada de Dios. *Antes de que me vieses, yo ya te había visto debajo del árbol.* Dios ha puesto sus ojos en cada uno de nosotros. Os recomiendo que veáis, hoy en día es muy fácil ver en internet las cosas, la escena de *The Chosen* de la llamada a Mateo. El impacto de una llamada yo la he visto con algunos alumnos y, esa llamada del Señor a Mateo, especialmente nos hace caer en la cuenta de que el Señor ha puesto sus ojos en nosotros, nos ha desconcertado, nos ha dicho: "¿Yo? ¿te estás te estás fijando en mí?. Sí, tú, no mires para atrás, estoy hablando contigo". Os invito a que veáis estando solos y tranquilos esa escena y que te descubras a ti mismo en Mateo.

La llamada es absolutamente libre por su parte, pero con frecuencia también hay que decir que se suele servir de talentos que previamente había sembrado en ti, porque tú quizás habías descubierto que yo igual tengo vocación docente porque tengo alegría, experimento alegría cuando comparto conocimientos o, además, también experimento que tengo paciencia para acompañar. Que tengo un deseo sincero de ver crecer a los chavales. Será que tengo, quizás, una vocación docente, sí, pueden ser signos. Pueden ser signos, pero lo fundamental es que el Señor te ha mirado a los ojos y te ha dicho, "Tú, eh, tú, Zaqueo, tú, Mateo, venga, deja eso y ven". Como quizás tú también nos has demostrado con tu testimonio que igual estabas en medio de las finanzas y el Señor te dijo: "Yo tengo para ti otro proyecto, ven".

Por lo tanto, es un don porque es una llamada. Es un don porque es un honor colaborar con Dios en la maduración de las personas. Es un don el poder ser el maestro exterior. ¿Qué es eso del maestro exterior? Porque San Agustín, entre todas sus genialidades, escribió un libro que se llamaba *De magistro*, sobre el maestro, y en él San Agustín de Hipona habla del maestro interior y dice: "Es Cristo mismo presente en el corazón del hombre el que ilumina interiormente la inteligencia para poder reconocer la verdad". Él dice, "Para poder educar hay que darse cuenta de que hay un maestro interior, de que Cristo vive dentro de nosotros y la presencia de Cristo, a veces no descubierta por nosotros, te está llevando a descubrir la realidad de la vida. Es tu maestro interior". Pues bien, él es el maestro interior y tú eres el maestro exterior. San Agustín hace esta afirmación sorprendente: el profesor puede hablar, explicar, señalar, motivar, pero la comprensión profunda de la verdad sucede dentro del alma gracias a una iluminación interior que viene de Dios.

Yo suelo poner muchas veces un ejemplo de mi vida, que lo tengo muy clavado, recuerdo que era un niño que tenía muy mal perder cuando jugábamos y que todos los domingos por la tarde jugábamos a las cartas en casa o a los juegos de mesa y que yo cuando perdía enganchaba unos berrinches que no veas tú. Y, entonces, mi madre siempre me decía, "Pero ¿te das cuenta de que estamos jugando, de que estás haciendo el ridículo?". Yo todos los domingos berrinche y berrinche y berrinche. No sé cuántas veces mi madre me había a mí lo mismo, pero llegó un domingo que pasó lo de siempre: yo perdí, enganché el berrinche y entonces mi madre me dijo lo de siempre y de repente aquel día dije: "Pero, si es verdad, si estamos jugando. Yo, ¿por qué me enfado? Esto es ridículo". Curiosamente, aquel día el maestro interior me lo había enseñado. Es verdad que el maestro exterior había contribuido, porque dice

uno: "A ver, posiblemente si el maestro exterior no hubiese estado diciéndote lo mismo tantas veces…Pero el momento de gracia es el momento de gracia".

San Agustín dice: "Hay un maestro interior y tú tienes que creer en eso. Tienes que creer que hay un momento de gracia que tú no controlas, que Dios lo tiene con él. Tú estate cerca insistiendo lo que parezca prudente que tienes que insistir, hasta que llegue el momento de gracia". Y entonces verá claro lo que hasta entonces le ha costado entender y lo verá todo con clarividencia, porque el maestro interior ha actuado y ha vencido dificultades. Es verdad que esto se aplica a todo, eso de que sin el maestro interior no hacemos nada. Jesús dice: "No, sin mí no podéis hacer nada". Pero pocas profesiones dejan una huella tan profunda y colaboran tan directamente con el maestro interior como la docente. Un médico puede sanar un cuerpo, pero un docente puede orientar una conciencia, despertar un talento, ahí es nada, o devolver esperanza. Muchos adultos recuerdan durante su vida a un profesor que creyó en ellos cuando nadie más lo hacía y les llevó a entregarse y a superarse.

Creo que también es un don en un tercer sentido. Digo que la vocación docente es un don y lo digo porque es una llamada, porque es un honor colaborar con el Señor siendo maestro exterior, colaborando con el maestro interior, pero también en un tercer sentido: la vocación docente es un don de aprender mientras que se enseña. ¿O no nos hemos dado cuenta de eso, de aprender mientras que se enseña? Os digo mi experiencia, yo he tenido la suerte de explicar el Catecismo de la Iglesia Católica así detenidamente en Radio María durante muchos años. ¿Cuántas veces he pensado "yo he recibido el catecismo al transmitirlo, si yo no lo hubiese explicado, no lo hubiese comprendido"? O sea, verdaderamente, se aprende transmitiendo. El verdadero maestro nunca deja de ser discípulo. La docencia obliga a mantenerte vivo intelectualmente, a escuchar, a renovarte, a hacer un esfuerzo de comprensión para ver cómo digo yo esto. Y en ese momento tú lo has entendido de una manera más profunda. Enseñando, uno también se deja educar. Eso lo hemos percibido todos.

Pero, además de un don, **es también una responsabilidad** porque tenemos responsabilidad sobre personas, no sobre cosas, y eso supone un compromiso de entrega plena. ¡Qué responsabilidad, que tengo entre manos a personas!. Dios tiene un designio para cada alumno. Y dado que yo tengo el don de colaborar con Jesús en dar a luz el proyecto de Dios en este niño, pues no puedo estar pensando en mí mismo. Me explico: no puedo estar pensando en mi comodidad, no puedo estar pensando en mi horario laboral. Se me quedará corto. Es normal que se me quede corto. Es que lo que tengo entre manos ¡es tan grande!. Supone mirar a los alumnos como Dios los mira. Dios no trabaja de 8 a 4 de la tarde, ¿sabes? Dios nos tiene siempre en su corazón, y a ti un poco te va a pasar lo mismo. Es que claro, has escogido la vocación que has escogido, y no vas a poder ser profesor de 8 a 4, vas a llevar contigo a tus alumnos 24/7.

Educar exige mirar al alumno como una persona irrepetible. Detrás de cada uno hay una historia, heridas, sueños, fragilidades, posibilidades. Creo que esto se traduce, por ejemplo, en que llevemos a nuestros alumnos en nuestra oración. Lo lógico, si alguien ha entendido esto, es que diga: "Yo llevo a los alumnos en mi oración". ¿Es que en tu oración tú no presentas a tus alumnos delante del Padre con sus nombres?. Te presento a este, te presento al otro. Si eso nos falta en nuestra vida, tenemos que pedirle al Señor que redescubramos la vocación educadora. En tu oración tienen que estar presentes tus alumnos, en ese presentaros delante del Padre.

Me atrevo a haceros una sugerencia, igual que he hecho antes la de Don Bosco: capítulo 17 de San Juan, que es la oración sacerdotal, es casi el único pasaje del evangelio que tenemos, largo, capítulo entero, en el que Cristo ora al Padre, en el que Jesús habla al Padre y es una intimidad impresionante, lee ese capítulo. Yo a veces me lo leo y me digo: "Me lo voy a leer como si fuese yo el que le dijese eso al Padre". Padre, te pido por todos los que me has encomendado para que no se pierda ninguno de los que me has encomendado. Eso se lo dice Jesús al Padre, pero se lo puedo decir también yo, se lo puedes decir tú. Padre, te pido por todos los que me encomendaste para que sean uno como Tú y yo somos uno, para que no se pierdan. O sea, lo lógico es que nosotros, en nuestra vocación educadora, vivamos el capítulo

17 de San Juan referido, desde nuestra vocación educadora, porque llevamos a los alumnos con nosotros y eso, como digo, nos compromete toda la vida, desde mi disponibilidad, y luego te meterán en líos, porque ser educador es meterse en líos, ¡pues claro!, y luego viene un campamento y una marcha a Santiago y no sé qué y son cosas que nos comprometen, pero ¿cómo no nos va a comprometer si está en juego la salvación de las almas? Es normal que nos comprometa.

Obviamente, la docencia es una responsabilidad, porque es una responsabilidad el ejemplo. Muchas veces al Señor le suelo decir: "Señor, mira, te pido que yo no sea nunca motivo de anti-testimonios, que por mi mal ejemplo nadie se separe de ti". Muchas veces al Señor le he pedido: "Llévame de esta vida antes de que yo dé un mal testimonio y de que alguien por mi culpa se aleje de Ti. Llévame de esta vida". Porque es una gran responsabilidad. ¡Qué daño puedo hacer yo a las almas!. Pero lo mismo que dice José Ignacio lo podéis decir vosotros. Tenemos una gran responsabilidad y nos tenemos que atrever a pedirle al Señor dos cosas: la que acabo de decir: "Señor, que, por mi mal, por mi anti-testimonio nadie se aparte de Ti, y que por mi testimonio algunos se pueden acercar a Ti". Ofrecer, decirle eso, pedírselo.

Los alumnos olvidarán muchos contenidos. La mayoría, os lo digo yo porque seré de los mayores de esta sala o el mayor, y entonces os puedo decir todo lo que he olvidado, pues ¡qué os voy a contar!, pero difícilmente olvidarán el modo de ser de sus profesores. El docente enseña siempre, incluso cuando no habla, porque se educa tanto con la palabra como con las actitudes, el carácter, la coherencia, el respeto. El educador transmite mucho más por contagio que por discurso. Está claro eso y tenemos responsabilidad de vivir en permanente estado de conversión, de renovarnos interiormente.

Uno de los mayores peligros de la enseñanza es la rutina, que deriva en mediocridad, en tibieza, dar clase sin esperanza, sin implicación interior. Y es verdad que el cansancio es comprensible, pero no puede confundirse el cansancio con la desesperanza. Por lo tanto, necesitamos cuidar la vida interior, renovar motivaciones, recordar por qué empezó, vivir en permanente estado de conversión.

Por último, también quiero subrayar que tenemos **la responsabilidad de amar entrañablemente**, pero sin poseer, que eso también es un arte: amar sin poseer. Cuando se ama se sufre. No se puede dejar de sufrir cuando se ama, pero el buen maestro es una referencia que no crea dependencias, ayuda a que el alumno pueda caminar por sí mismo. No se trata de moldear alumnos a nuestra imagen y semejanza, sino de ayudarles a pensar, discernir y buscar honestamente la verdad, lo que Dios quiere para ellos. Amar sin poseer. Lo mismo que les pasa a los padres, que están llamados a amar a sus hijos sin poseerles. A veces estamos siendo testigos de cómo hay muchos padres que aman muchísimo a sus hijos, pero les aman mal, con un amor que no les ayuda a descubrir el proyecto de Dios en su vida.

En definitiva, la vocación docente es una de las formas más altas del servicio humano. Qué suerte tenemos, qué don, qué regalo, qué privilegiados somos de poder participar de esa tarea: la belleza del don y el peso de la responsabilidad. Lo nuestro es vocación, vocación y vocación.

Os he hablado de Don Bosco. Ahí tenéis tarea, con Don Bosco. Os he hablado también del episodio de *The Chosen* de la llamada a Mateo. Ese es cortito, son unos segundos. Os he hablado también del capítulo 17 de San Juan. Y voy a terminar con la canción de Hakuna, que conoceréis muchos, pero que merece la pena meditarla, la canción de *Para quién soy yo*, que, por cierto, cuando la Conferencia Episcopal hizo el congreso sobre vocación, pues no se rompió la cabeza: puso como título el título de la canción de Hakuna.

Y dice así la canción:

"Lo que todo el mundo ansía, encontrar la felicidad, muéstrame, muéstrame, Dios, para lo que está hecho mi corazón. Y es que es hacer uso pleno de mi libertad. Es un

camino a ciegas que se basa en confiar. Es poner mi calendario en blanco y dejarte rellenarlo. Dios, te pido que me ayudes a realizarlo.

¿Para quién soy yo? ¿Qué hago aquí? Si supiera los deseos que tienes para mí. ¿Para quién soy? Por mi nombre me has llamado. Dime, Dios, ¿cuál es tu camino soñado? Quiero encontrar mi vocación, el molde perfecto de mi corazón, estar en ti, por ti ser enviado. Señor, quiero caminar contigo de la mano, donde mi corazón salte y el tuyo quiera reír. Señor, tú solo sabes lo que de verdad me hace feliz, que ser santo es mi deseo. Quiero que arda el mundo entero. Dios, te pido, quiero ser tu mensajero.

¿Para quién soy yo? ¿Qué hago aquí? Si supiera los deseos que tienes para mí, para quién soy. Por mi nombre me has llamado. Dime, Dios, ¿cuál es tu camino soñado? Confiar en quien me creó a medida, quien conoce mis virtudes y mis heridas. Quien sabe cómo llenar esta alma confundida. Tu mirada le da sentido a mi vida.

¿Para quién soy yo? ¿Qué hago aquí? Si supiera los deseos que tienes para mí, para quién soy. Por mi nombre me has llamado. Dime, Dios, ¿cuál es tu camino soñado?".

Os deseo a todos que este encuentro que hacemos casi cuando está el curso ya en los últimos momentos nos sirva para renovar la dimensión vocacional de nuestra vida. Que la renovemos. Os animo mucho a esa lectura de Don Bosco, a la oración con el capítulo 17 de San Juan. Os animo a ello porque aquí lo más importante es que descubramos que estamos aquí porque somos un proyecto de Dios, y Dios nos ha puesto juntos y quiere que nos ayudemos unos a otros a crecer.

Muchísimas gracias.